

## Dejarse envolver por el amor de Dios

Eduardo Pérez-Cotapos L. ss.cc.

Zona Cordillera, Mes de la Biblia

Ma 28 septiembre 2021

Uno de los aspectos más centrales y novedosos de la fe bíblica es la radical afirmación de la absoluta prioridad y gratuidad del amor de Dios. Pero, entre nuestras experiencias personales más intensas está la de nuestra dificultad para amar y para acoger el amor. No sabemos amar, no aceptamos sentirnos amados gratuitamente. Es posible que tengamos la experiencia cotidiana de lo extremadamente limitados y torpes que somos para amar. La constatación práctica de la facilidad que tenemos para herirnos y hacernos daño unos a otros. La facilidad para encerrarnos en nosotros mismos, empequeñeciendo nuestro corazón y dejándonos envolver por nuestras miserias personales. La experiencia de esa profunda incomunicación que nos asecha cada día, fruto de esta especie de fuerte incapacidad que tenemos frente al amor. No sabemos amar porque no sabemos reconocer el amor que Dios derrama en nuestros corazones, que es el único que puede hacer germinar en nosotros una auténtica capacidad para el amor.

Para crecer en el amor verdadero debemos volver la mirada a Jesús. De Él aprendemos lo que significa amar realmente. Amar hasta el extremo de entregar la vida por los que se ama (cf. Jn 15,12-14). Pero por sobre todo de Jesús debemos aprender en qué consiste el amor verdadero: un amor que no es puro sentimentalismo ni simple permisividad. En Jesús podemos contemplar el amor fuerte y exigente de Dios, y de este modo aprender a amar un poco mejor. No es nada de superficial la insistente palabra de Jesús de que nos amemos los unos a los otros *así como Él nos ha amado*, en el estilo con el cual Él lo ha hecho. Que compartamos su modo de amar.

Un aspecto central de la predicación de Jesús es mostrarnos el amor de Dios. Amor misericordioso y justo a la vez. En el actuar de Dios está ausente tanto el afán de venganza como la *manga ancha*. Esto es muy importante: en el amor de Dios la misericordia y el perdón no se contraponen a las exigencias de una auténtica justicia. Justicia que no es venganza, sino ayuda, apoyo para el cambio real y concreto del que está en falta (cf. Miqueas 7,9) y para reparación, al menos en algo, el daño causado. Misericordia y justicia no son términos contradictorios, sino complementarios (cf. Salmo 85[84]11-12). Recorramos algunos rasgos de la predicación de Jesús sobre el amor de Dios.

**1. Jesús anuncia el amor de Dios.** El eje articulador de la predicación de Jesús está en la proclamación de la cercanía misericordiosa del amor de Dios. Quien preside el Reino de Dios no es un Rey revestido de esplendor y majestad, sino un padre cariñoso, al cual es posible referirse como *Abba*. Esto es lo que da sentido a todo lo que Jesús dice y hace (cf. Lc 7,31-35; 10,23-24). Su mensaje no es la proclamación abstracta y teórica de un amor de Dios universal y atemporal, sino la gozosa proclamación de que Dios está actuando salvadoramente aquí y ahora, en Jesús de Nazaret (cf. Lc 7,36-50; 17,20-21). Este es el tiempo de la gracia de Dios (cf. Lc 4,17-22). Este hoy del

actuar salvífico de Dios, en las concretas circunstancias de su ministerio mesiánico, es lo medular del mensaje de Jesús.

**2. *Un amor que quiere la vida plena de todos los hombres.*** La misericordia de Dios manifestada en Jesús se orienta a la vida plena de toda persona humana. No es dejarlo pasar todo, ser permisivo. La misericordia de Dios es una insistencia en que por sobre todo está la vida del pecador, tanto del que se ha arrepentido como del que aún no lo hace (cf. Lc 15,4-7; Dios cuida incluso a Caín: Génesis 4,15b). Frente a Dios ningún pecado es capaz de hacer estéril su amor ofrecido, ningún pecado es capaz de cerrar definitivamente al hombre toda posibilidad de cambio (cf. Jn 8,3-11: adúltera). El amor de Dios puede revertir toda situación humana, por desesperada que ella parezca ser, y de este modo abrir la posibilidad de una vida nueva (cf. Mc 5,1-20: endemoniado geraseno, que vive entre los sepulcros). Para cada persona y para cada pueblo, en cada uno de los momentos de su vida, Dios tiene un camino de vida nueva y plena.

**3. *Un amor que lucha contra las fuerzas de muerte.*** Haciendo presente este amor misericordioso de Dios, Jesús lucha contra todo aquello que aplasta y destruye al ser humano, que desfigura su rostro de creatura e hijo amado de Dios. Todo lo que impide a una persona vivir en plenitud y lograr una honda comunión con sus hermanos es claramente denunciado por Jesús como algo que no está de acuerdo con la voluntad de Dios. Y con mayor claridad aún, todo aquello que lo separa de la comunión con el Dios verdadero. Detallo los principales aspectos de esta lucha de Jesús contra las fuerzas del pecado y de la muerte:

**a.** Jesús actúa contra la enfermedad, la necesidad extrema, el hambre, la injusticia, la muerte. Estas son cosas que Dios no quiere, porque angustian al ser humano, lo empujaban, le impiden desplegar sus capacidades y lo marginan de sus hermanos. La misericordia de Jesús se expresa en una acción efectiva contra estos agentes de muerte, llevada a cabo con los criterios del amor. Es en este sentido que deben ser interpretados la gran mayoría de los milagros de Jesús (cf. Mc 6,34-44; 9,17-27; Mt 9,18-26; etc.). Son un anticipo de la plena manifestación del Reino, en la cual la muerte y el dolor serán definitivamente aniquilados (cf. Apoc 21,4).

**b.** Jesús no puede tolerar pasivamente la manipulación de la religión efectuada por los fariseos para justificar sus propios privilegios y para «domesticar» a Dios. Esta manipulación, en primer lugar, acarrea la condenación de los propios fariseos, ya que los hace incapaces de reconocer en Jesús la presencia salvadora de Dios (se *escandalizan* de Él), seguros como están en su orgullosa autosuficiencia (Mt 23,13-32). Esta manipulación, además, transforma la religión en un pesado yugo puesto sobre los hombros de los débiles o simples. Se hace de la fe una carga opresora y no un camino de vida. Carga que aplasta y mata. La religión que proponen los fariseos es una religión de muerte y no de vida, por eso no puede ser tolerada por Dios; porque Dios ama la vida plena de todos sus hijos. La severa crítica de Jesús a los fariseos surge del corazón misericordioso de Jesús (en Mt 23,1-12 y Lc 11,37-46 se puede ver el contexto vital en el cual los evangelios sitúan los reproches a los fariseos).

c. El anuncio del amor misericordioso de Dios también conduce a Jesús a un nítido distanciamiento de ciertas concepciones de la política que sacrifican a las personas concretas en vistas de un determinado proyecto social. Sea que se trate del proyecto político de los Saduceos, que deseosos de salvaguardar la paz están dispuestos a ajusticiar a un inocente (cf. Jn 11,47-50); o del de los Zelotas dispuestos a matar y dejarse matar en una lucha a muerte contra el poder romano. Jesús se distancia de la frivolidad de Herodes, líder político que sólo busca el poder, egocéntricamente ocupado en sus placeres y en sus temores (cf. Mc 6,14-29; Lc 23,8-12). Jesús no comparte el descompromiso de Pilato frente a la verdad y su falta de coraje para asumir con seriedad la defensa del justo injustamente acusado (cf. Lc 23,13-25; Mt 27,15-26). Los evangelios nunca nos muestran a Jesús proponiendo un proyecto político, pero sí podemos ver claramente su distanciamiento del actuar político que implica un atropello de los más débiles. Detrás de la actitud de Jesús hay una propuesta que afecta al modo de ejercer el poder, la autoridad. Y esta es una propuesta que no se refiere sólo a los regímenes civiles, sino también directamente al ejercicio del poder dentro de la comunidad cristiana (el texto de Mc 10,42-45 se dirige directamente a los discípulos).

d. En una dimensión relativamente semejante a la que acabamos de señalar se sitúa la severa actitud de Jesús frente a quien busca una relación con Dios beneficiosa sólo para sí mismo. Aquel que busca a un Dios que *le sirva*, y es incapaz de entrar en la dinámica de comunión universal a la cual este mismo Dios lo está invitando. Esta actitud se apoya en una caricatura de Dios contra la cual Jesús reacciona severamente, ya que conlleva la imposibilidad de reconocer al Dios Verdadero. Al único capaz de salvar. La severidad de Jesús es obra de misericordia. La parábola del servidor que no supo perdonar a su compañero (Mt 18,23-34) es quizá la más nítida denuncia de esta actitud; denuncia que, por otra parte, fue uno de los temas medulares de la profecía veterotestamentaria.

e. Su misericordia frente a cada persona concreta lleva a Jesús a ser muy claro, duro incluso, con aquellos que ponen su confianza en las riquezas y no en Dios. Las riquezas son lo acumulado, el pasado en cuanto garantía de posibilidades futuras. Esta actitud pervierte el corazón del hombre (cf. Lc 12,33-34; Mt 6,19-21) porque lo cierra a la siempre inesperada novedad del Dios vivo, que no es pasado, sino camino de futuro. Ella impide acoger el cariñoso llamado de Jesús (cf. Mc 10,17-27) y a la vez rompe la actitud de comunión, transformando a los otros de hermanos en potenciales enemigos (cf. Lc 16,9-15; 12,13-15). Por lo mismo Jesús propone a sus discípulos como exigencia ineludible un desapego de los bienes materiales que redunde en una actitud de solidaridad con los más pobres. La Iglesia de los primeros tiempos entendió claramente esta enseñanza de Jesús (cf. Hech 4,32-36). Ser muy claro en señalar el peligro mortal del apego a la riqueza es una faceta clave de la obra de misericordia de Jesús (cf. Lc 12,26-31).

**4. Un amor preferencial por los pobres y los pecadores.** Sobre el telón de fondo de lo anterior se puede llegar a percibir correctamente el corazón del anuncio de la Misericordia de

Dios efectuada por Jesús: el amor preferencial de Dios por los empobrecidos y los pecadores. Ambos son hijos de Dios en los cuales la plenitud de su dignidad se encuentra atropellada. En los primeros por causa de la injusticia que otros han ejercido sobre ellos. En los segundos en razón de su propio pecado, que los aleja de Dios, pero que a Dios no le impide seguir amándolos como a hijos e hijas queridos. Dada esta desigualdad de condiciones el amor misericordioso de Dios se manifiesta de diverso modo en cada caso. En el primero, tomando activamente la defensa de los pobres y humillados, lo que conlleva como contrapartida una actitud severa contra los causantes de dicha injusticia (cf. Lc 6,20-26). En el segundo caso, Jesús anuncia con insistencia a los pecadores que los brazos de Dios están siempre abiertos para ellos. Abiertos no para reprocharles el pasado, sino para invitarlos sinceramente a una vida nueva, a una redefinición de sus relaciones con Dios y con sus hermanos (cf. Lc 19,1-10). Un hermoso texto de síntesis de esta dimensión de la misericordia de Jesús es Mateo 11,25-30: «Jesús dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido. Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana». Desde un adecuado acercamiento a los evangelios resulta evidente que esta preferencia del amor de Dios por los pobres y pecadores no es algo circunstancial, algo que podría haber sido de esta o de otra manera, sino que es algo que se entronca directamente con lo más propio del corazón de Dios.

**5. La urgencia por anunciar a todos el evangelio.** Una consecuencia muy interesante de esta dinámica misericordiosa del amor de Dios, tal como se nos manifiesta en Jesús, es la urgencia de Jesús por anunciar el Evangelio a todos, de cualquier lugar o condición. Los textos nos muestran a un Jesús que no se concede descanso en su afán evangelizador (cf. Mc 1,38; 3,20; etc.). Un Jesús que no se *instala* en aquellos lugares en que lo reciben bien, sino que está ansioso por partir a otros lugares en los cuales aún no ha sido proclamado el Evangelio (cf. Lc 4,42-44). Un Jesús que llama discípulos para que lo acompañen en su misión de proclamar el Reino (Mc 3,12-19) y que luego los envía a anunciar esta buena noticia por los pueblos y aldeas de la región (cf. Mc 6,12-13). La misericordia de Jesús lo urge a proclamar el evangelio del amor de Dios y a entregar radicalmente su vida por todos, esta es la pasión que lo consume. El llamado a los discípulos y su posterior envío en misión pueden ser leídos desde esta perspectiva. San Pablo percibió y vivió muy hondamente esta dimensión del ser cristiano (cf. 2 Cor 5,14-21).

Este breve y sumario recorrido por algunos textos evangélicos nos sitúa frente al amor de Dios manifestado en Jesús. Nos pone ante el desafío de descubrir con mayor hondura el amor que Dios nos tiene y de este modo aprender por nuestra parte a amar con mayor fuerza y mayor coherencia. Es decir, con un amor más cercano al de Jesús, según su mismo estilo.